

Victor Pérez i Flores
DE LA DESNUDEZ

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *De la nuesa*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 94
Serie ASALTAR LA BIBLIA, 3

Primera edición ENERO DEL 2024

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción editorial y gráfica MARIA CALLÍS
Corrección ABRIL MORALES, ANA ORENGA

Ilustración de la cubierta ÀFRICA FANLO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2024 VÍCTOR PÉREZ I FLORES
por el texto

© 2024 MARTA REBÓN
por la traducción

© 2024 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 2096-2024
ISBN 978-84-10188-02-0

Con el apoyo de  

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

A Florentino Pino.



ÍNDICE

	<i>Introducción</i>	9
1/2	Pornografía · Mc 6,14-28	23
1	Desamparo · Mc 14,51-52	31
2	Abyección · Mc 5,1-20	53
3	Mc 15,24	81
	<i>Bibliografía</i>	83



INTRODUCCIÓN

NADA MÁS INICIAR sus *Essais*, Michael de Montaigne considera de vital importancia presentarse completamente desnudo ante el mundo: «Si hubiese querido buscar el favor del mundo, me habría adornado con bellezas prestadas. Quiero que me vean a mi manera sencilla, natural y común, sin rebuscamientos ni artificio. Porque me estoy pintando a mí mismo [...]. Os aseguro que de muy buena gana me habría pintado del todo entero y del todo desnudo.»

De acuerdo con una antigua tradición, el evangelista Marcos también se representa a sí mismo desnudo y huyendo de manera apresurada en el momento central de la narración; él también muestra su faceta más sencilla, natural y común. El evangelio según Marcos, el primero en ser escrito, se presenta sin rebuscamientos ni artificio. Parece adecuado acercarnos a él de una forma igual de franca y selvática.

Muchos trabajos académicos en el ámbito de los estudios culturales —próximos a menudo al feminismo interseccional— tienen la buena costumbre de hacer explícitas las posicionalidades de las investigadoras. Las posicionalidades de una persona son esos aspectos sociales y políticos que en un contexto determinado crean la identidad en términos de etnia, género, sexualidad, clase social o creencias religiosas. No se exponen estas posicionalidades, una suerte de *striptease* intelectual, con el afán de evitar sesgos interpretativos en los resultados de la investigación, sino más bien al contrario: dado que los sesgos son inevitables y operan con mayor libertad cuanto más neutro se pretende ser, los estudios culturales optan por informar al lector desde el principio de cuáles son esas posicionalidades y así manifestar los tipos de sesgo que habrían podido pasar desapercibidos a los propios autores. En la práctica, esta declaración de condiciones políticas y sociales es más una confesión de privilegios que de pecados.

En estudios de hermenéutica religiosa, en que estas declaraciones serían especialmente necesarias, suelen brillar por su ausencia. Desde la escolástica, las principales obras de teología han sido ingeniosos subterfugios de proselitismo disfrazados de silogística y «razones necesarias». Artefactos destinados

a la conversión en masa de infieles, concebidos desde la devoción religiosa, pero presentados desde la neutralidad de la lógica aristotélica.

Personalmente, hago mías las palabras del poeta Albert Garcia Elena:

*Al diablo le achaco tres males:
haber nacido hombre,
de clase media y nación oprimida.
Y la opaca oscuridad de ser tres veces imbécil.¹*

El motivo de las dos primeras imbecilidades no tiene misterio alguno: son fruto de la rigidez mental y emocional inherente a quienes pertenecen al grupo dominante. Como se sabe, la comodidad de ocupar una posición hegemónica conlleva el riesgo de ser incapaz de modelar la realidad más allá de los parámetros oficiales. El tercer motivo de idiotez es más sutil y al mismo tiempo más relevante para el tema que nos ocupa. Se trata de una posicionalidad minorizada: después del 1 de octubre del 2017,

¹ Estos versos son una sátira de la famosa «Divisa» de la poeta catalana Maria-Mercè Marçal, que reza: «Al azar agradezco tres dones: haber nacido mujer | de clase baja y nación oprimida. | Y el turbio azul de ser tres veces rebelde.» (*N. de la T.; la traducción del poema de Marçal es de Luisa Cotoner.*)

todos aquellos que suscriben los anhelos nacionales de este autor se adentraron en una insospechada dimensión de intemperie. De repente, muchos de los derechos y dignidades que considerábamos adquiridos e inalienables se esfumaron bajo una lluvia de porrazos, persecuciones judiciales y ahogo político. Descubrimos qué era un Estado y la prueba de que quedábamos excluidos de este. Desde entonces, las proclamas de decisiones unilaterales desde un poder estéril, las estrategias de negociación a partir de posiciones estrictamente subordinadas o las intransigencias de una pureza revolucionaria sin compromiso encubren el desconcierto general y agravan la situación. En cualquier caso, esto es todo lo que nos queda. No quisiera perder lectores demasiado pronto; no se trata de atrincherarse en posiciones políticas, sino de exponer la perspectiva desde la que se escribe: la opaca oscuridad de la que nos hablaba el poeta, que puede ponernos en sintonía con las palpitaciones del evangelio.

Además, conviene que señale cuanto antes mejor la condición, no tan paradójica como pudiera parecer, de ser católico, agnóstico y ateo. Todo a la vez.

Católico. En un sentido amplio, la palabra *católico* abarca mucho más que la estricta profesión de ciertos dogmas de fe y la observancia más o menos

rigurosa de una serie de preceptos morales conservadores. Es, sobre todo, una forma de estar en el mundo. Una posicionalidad.

El catolicismo que propugno se vive de una manera indolente y espontánea. Incluso, lo admito, es de baja intensidad. De hecho, este hábito relajado es su principal virtud. Consiste en pasar el año tomando roscones, butifarra de huevo, buñuelos, monas de Pascua, castañas y turrónes, según marque el calendario; recordar el santo de los amigos, pero no su cumpleaños; saltar en la plaza de Sant Pere de Berga el jueves de Corpus y, en el lardero, acudir al baile de la *patacada* cerca de la plaza del Bisbe; mantener el tratamiento de usted al benévolo sacerdote de la parroquia, incluso cuando ya has perdido todo el respeto por el cabrón de tu urólogo; despedir a los muertos en la catedral de Solsona y recorrer las ermitas el día del patrón para recoger el pan, aunque quizás sin entrar siquiera ni oír misa; hacer la matanza del cerdo en enero y lanzar petardos por San Juan. Este catolicismo congrega a las tías que se han quedado para vestir santos; a fascinerosos de Proyecto Hombre que se aferran a un clavo ardiendo; a personas rancias de ultraderecha que memorizan el catecismo en castellano; a familias supernumerarias que compran bulas al

Vaticano; a clérigos progres que cuelgan los hábitos en un exceso de fe; pero, también, a los encargados de turno de las fiestas callejeras; a los cuperos que alquilan parroquias a la Virgen; a padres escépticos que matriculan a sus hijos en una escuela concertada y a todos aquellos que en Navidad tomamos *galets*, caldo y cocido. Este catolicismo acoge por igual a santurrones y blasfemos. De hecho, estos últimos, con sus blasfemias e improperios, mantienen especialmente vivo este mejunje donde hierve todo.

Por otro lado, desde este catolicismo laxo se amplifican algunas experiencias artísticas, como *Treure una marededéu a ballar*, de Perejaume, *Les cançons tellúriques*, de Roger Mas, *Els estranys*, de Raül Garrigasait, o *Il Cristo Mandragora*, de Miquel Barceló. Este catolicismo no se eleva en jaculatorias místicas, sino que arraiga y penetra en la tierra. Tampoco se entretiene demasiado en disquisiciones o deconstrucciones elitistas; es más bien popular y se hermana con los extraños.

Reclamo la condición de católico para todos aquellos que lo somos porque no sabríamos ser otra cosa. Probablemente nunca habría necesitado reclamar la condición de católico de no haber sido porque un grupúsculo de creyentes especialmente radicalizado, no muy numeroso, pero con notable preeminencia

entre las jerarquías eclesíásticas, decidió apropiarse en exclusiva del epíteto de católico y, ante la evidente derrota del impacto de la liturgia y la pastoral, se atrevió a adoptar el lema *pocos, pero buenos*. La máxima más anticatólica que pueda imaginarse. Hasta entonces, no era necesario reivindicar la condición de católico para uno mismo porque no exigía ningún tipo de cualificación especial o profesión extravagante. Solo consistía en formar parte de un ambiente. Podríamos resumir el catolicismo por el que abogo con el dicho *todos, aunque cojos*. Como los discípulos del evangelio de Marcos.

Agnóstico. Soy agnóstico. Esta es otra posicionamiento importante. De hecho, en este punto llego a ser incluso intransigente; me cuesta mantener un diálogo auténtico fuera de los parámetros agnósticos. Abundan los creyentes y los ateos que desprecian el agnosticismo porque les parece un ateísmo tibio, propio de personas blandas e indecisas. Yo, por el contrario, desconfío instintivamente tanto de aquellos discursos que condicionan el porvenir del mundo a una providencia divina (y a la consiguiente extorsión moral para hacerse adepto a ella) como de aquellas otras homilías propias de prosélitos científicistas (con el absurdo e imposible destierro de las pasiones subjetivas que conllevan). A ojos

de un agnóstico, el fervor entusiasta, tanto de unos como de otros, les hace dar una respuesta apresurada y, por tanto, inadecuada a la cuestión que se les plantea: ¿existe Dios? Esta pregunta es de carácter epistémico y la respuesta no admite demasiado margen de duda: no se sabe. O, si se prefiere, no se sabe todavía.

Al margen de lo que cada uno crea, aceptar que no tenemos un conocimiento cierto sobre la existencia de ningún ser supremo y necesario me parece una premisa innegociable a la hora de establecer un diálogo fructífero. En este sentido, debo mencionar que he tenido la suerte de conocer a muchos sacerdotes, monjes y religiosas que, aun siendo profesionales de la fe católica, se comportan como auténticos agnósticos en sus quehaceres diarios, sin que eso les impida ser creyentes devotos ni incumplir el mandamiento de la acogida pastoral. Simplemente, al dirigirse a alguien, no dan por hecho que la otra persona profesa la misma fe ni desacreditan otros credos. Reconocen que sus convicciones, por profundas que sean, no son universalizables y, por tanto, no afirman saber aquello en lo que creen. En el extremo opuesto, todos conocemos especímenes pseudolibertarios que, aunque enarbolan la bandera de la tolerancia, la democracia

y la libertad, no dudarían en mandar al patíbulo no solo a aquellos conciudadanos de religiosidad más o menos ferviente, sino también a quienes no comparten el ideario de su partido político. En este caso, sus convicciones personales acerca de la no-existencia de una entidad inmaterial y trascendente no son menos dogmáticas y radicalizadas que las de los fundamentalistas religiosos. Por consiguiente, ser agnóstico, en el sentido que defiendo, no es una cuestión de fe, sino de honestidad intelectual. Afortunadamente, la mayoría de nosotros, con independencia de aquello en lo que creamos, lo somos.

Como entiendo que la posición agnóstica no es una tercera respuesta intermedia, más esmirriada y pusilánime, ante la cuestión de la profesión de fe, sino la actitud moral más saludable ante el hecho indecible de la existencia de Dios, me atreveré a proponer alguna orientación deontológica: Eugenio d'Ors dice que quien no tiene una vida espiritual tiene que buscarla, pero una vez se tiene una, es imprescindible no alimentarla. Al espíritu no se le tiene que dar alas, sino peso. Joan Miró, de quien me resulta imposible dudar de que disfrutaba de una vida espiritual plena, cuando hacía referencia a aspectos de su vida que para él tenían una profundidad que le parecía especial, empleaba sistemáticamente la

expresión «es *casi* religioso». Para mí, el cuantitativo «casi» marca de manera inequívoca una ganancia y no una carencia. Designa perfectamente la tensión que hace falta para dar espíritu al propio vivir y, a la vez, el coraje indispensable para no ahogarse en transportes hipnóticos y alucinados.

Ateo. No creo que Dios exista. No creo que haga falta. Con todo, no me obstinaré en esto. En mi caso, la cuestión sobre la existencia o no de un ser absoluto no me interpela de una manera especialmente viva. La filiación que pueda sentir con el colectivo ateo no es mucho más fuerte que el parentesco que pueda tener con los que, como yo, piensan que mañana no lloverá. Para mí, no es tan importante la posición que se tome ante la cuestión de fe sobre la existencia de Dios como la perspectiva desde la cual se plantea. He aquí otra posicionalidad.

Ya hemos dicho que la existencia de Dios es indecidible; esto no quiere decir que no nos podamos inclinar —y, de hecho, diría que todos nos inclinamos— hacia una respuesta u otra. Ahora bien, sea cual sea la respuesta, tiene que contemplar con ironía la posibilidad de la opción contraria.

Si Dios existe, la opción atea también tiene que formar parte de los designios divinos. Siempre me ha sorprendido que entre las múltiples perfec-

ciones que se exigen a la esencia de la divinidad quede excluida la locuacidad. Dios, como ser poseedor de todas las perfecciones, tiene que ser bueno, bello, veraz, omnipotente e incluso existente. Pero ignoro por qué motivo a todo el mundo le ha parecido totalmente lógico que a la hora de comunicarse con los hombres no lo haga con un lenguaje perfectamente claro e inteligible. Se ve que Dios no tiene que ser perfectamente comunicativo; se supone que es la humanidad la que tiene que descifrar los propósitos del Altísimo a partir del significado que pueda dar a una confusa zarza ardiente o al vuelo errático de una paloma. Si Dios, omnipotente y omnisciente, ha decidido comunicarse de manera críptica como en un juego de pistas, no parece justo que condene a los que no entendemos cómo funciona el juego o simplemente no queremos jugar a él —y más cuando es evidente que entre sus seguidores más fieles figuran algunos hombres manifiestamente perversos, mientras que no escasean los individuos razonablemente justos entre los descreídos. Me parece perfecto que Dios sea juguetón y disfrute expresándose mediante enigmas y adivinanzas. De hecho, eso hace que me caiga simpático. Pero no me acaba de convencer que se enfade como un chiquillo cuan-

do alguien decide pasar sus manías por alto. Ya es bastante difícil que nos entendamos entre nosotros. Por este motivo, me inclino a pensar que si Dios no tiene el humor de aceptar a alguien que lo niega, Dios no merece la pena. Encontraría infinitamente decepcionante que se ofendiera por tal nimiedad.

En una compilación de poemas imposible que el tiempo y la cordura nos han ahorrado a todos, lo sintetizaba así:

He oído una voz que decía:

«¡Ve!
Diles que estoy harto,
que ya basta...
y que me perdonen:
si un día fui Dios, hoy ya
no lo recuerdo.

Que los templos me quedan grandes.
Que los ruegos no me halagan.
¡Ya ni las blasfemias me indignan!

¡Ve!
Te digo. Agujerea su fe...
y diles que me perdonen.»
Y he obedecido,

y os aseguro que no he oído nada
[de lo que hace poco os decía.



El hecho de que el Nuevo Testamento incluya cuatro relatos paralelos y, en apariencia, solo ligeramente discordantes sobre la vida de Jesús de Nazaret puede dar una imagen de armonía que no se corresponde con la realidad de su contenido. Aunque se nos haya dicho y repetido que tanto la Biblia entera como el Nuevo Testamento no son propiamente un libro, sino un conjunto de libros, en la práctica no funciona así, sino más bien de una manera totalmente opuesta. Se trata de un conjunto de escritos que —habiendo sido redactado cada uno de ellos en los tiempos, los lugares, los propósitos, las circunstancias y las teologías más dispares que puedan imaginarse— están reunidos bajo el criterio externo de ser revelación divina. Es decir, palabra de Dios. Paradójicamente, este epíteto que, por una parte, armoniza los contenidos de los relatos entre sí y hace veraz, infalible e indudable su conjunto, por la otra, impide el diálogo entre los diferentes libros y los desacredita en lo que puedan decir de original. El canon neotestamentario presupone un

sentido que trasciende el significado individual de los textos, armoniza sus asperezas y, en consecuencia, condiciona la lectura de los textos individuales. Pero es obvio que, tomados por separado, los libros del Nuevo Testamento expresan disensión y conflicto. Difícilmente, en el momento de establecer el canon, un devoto cristiano que basara su fe únicamente en el evangelio de Marcos, si es que quedara alguno, podría aceptar sin violencia y coacción la imposición de los otros tres.

¿Qué pasaría si alguien se considerara cristiano y solo conociera el relato de Marcos? Sin duda, sería un cristiano muy raro y nada ortodoxo.

Desde esta rareza y heterodoxia revisitaremos los cuerpos desnudos que aparecen en el evangelio de Marcos.

I/2

PORNOGRAFÍA

MC 6,14-28

EN EL EVANGELIO aparecen tres cuerpos desnudos... y medio.

Ese medio cuerpo desnudo nos lo imaginamos, pero no está en el evangelio. Es el de la hija de Herodías, esposa de Herodes, anterior esposa de su hermano Filipo. Marcos solo nos dice que bailó y que lo hizo tan bien que pudo optar a cualquier regalo que deseara. El resto, los movimientos de sus caderas y los velos traslúcidos de los que se va desprendiendo, los ponen el propio ardor, la tradición y la imaginación colectiva. No supo qué quería y copió el deseo de la madre: la cabeza de Juan Bautista, que ponía en entredicho la relación de Herodías con el rey. Ahora bien: artista como era, la hija se aseguró de que el deseo le fuera concedido con toda la crueldad y exactitud de la expresión coloquial

(querer la cabeza de alguien) añadiendo un detalle que apartaba cualquier duda sobre la literalidad de cómo debía llevarse a cabo la ejecución: la cabeza tenía que servirse en una bandeja. Que la bandeja tuviera que ser de plata vuelve a ser una exigencia de la imaginación colectiva.

Este es uno de los episodios más turbadores y a la vez el más lujurioso del evangelio. Pero no aparece ningún cuerpo desnudo; la desnudez la inferimos a partir de la excitación sexual que atribuimos empáticamente al rey por explicarnos la desmesura de su oferta. Esta desnudez, cuando nos la representamos como un desvestirse calculado y progresivo, no tiene como consecuencia la deshumanización de quien se desnuda de ese modo, sino más bien al contrario: tiene la capacidad de hacer perder la cordura a quien la recibe como ofrenda, que baja hasta la más pura animalidad librando la voluntad propia a los caprichos de un supuesto agente seductor. Estamos tan avezados a este mecanismo y somos tan sensibles a él que no hace falta que el evangelista nos lo explique; *intelligenti pauca, sentienti nulla*. Este tipo de desnudez, que es más bien un desvestirse que sabemos ver en todas partes, aunque no esté, no es la desnudez de la que nos habla el evangelio.